

**Estudios Sociales**  
**Vol. XXXI, Número 112**  
**Abril-Junio 1998**

---

## **LECCIONES Y ELECCIONES**

Las pasadas elecciones se pueden analizar desde varios ángulos. Aquí lo haremos desde tres. La prensa no ha cesado de enumerar los factores de la derrota del PLD: la inexperiencia de un partido sorprendido por la victoria, los incumplimientos de promesas electoreras imposibles, el alto costo de la vida, los desastres de la electricidad, el agua y la salud, y en las vísperas de las elecciones, la amenaza de nuevos impuestos. Desde otro ángulo, y con más profundidad, se señala la desilusión rampante de la ciudadanía al ir percibiendo, a lo largo de estos dos años, que el "nuevo camino" tenía cada vez menos de nuevo: la asignación de obras grado a grado, el clientelismo, la subida de los sueldos de los funcionarios, los fuegos artificiales del diálogo nacional, y los gastos exorbitantes de propaganda política difícilmente justificables con los propios fondos del partido, en un momento de tantas necesidades primarias insatisfechas. Existe también otro punto de vista ligado al anterior: el no saber leer la cotidianidad sentida de la población, situándose de nuevo desde la tarima distante de un discurso y unas acciones que no se correspondían con las exigencias mayoritarias populares y que se manifestaban también a un nivel de los grupos medios en la prepotencia y la arrogancia de muchos funcionarios. La denominación de "come-solos", justificada o no, vino a recoger con fuerza todo ese sentir, y le dio una plataforma de expansión desde los arraigamientos culturales y desde su fuerza movilizadora.

Paradójicamente, la derrota del PLD se debe a su éxito en las elecciones de 1996. El PLD logró lo que otras fuerzas políticas quisieran haber logrado: convencer a amplios sectores de la población de que representaba la "moralización" de la política. El partido actual en el gobierno pretendió encarnar la seriedad profesional para resolver los problemas, la honestidad cívica para administrar los

recursos de este país pobre, y la firmeza heroica para tomar las decisiones necesarias. La magnitud de los problemas que el PLD enfrentaba en el país que les dejó Joaquín Balaguer en 1996, le habría granjeado más comprensión de la ciudadanía.

Pero ya desde la formación del "Frente patriótico" y sus acuerdos "pragmáticos" implícitos y explícitos —con el mismo balaguerismo y reformismo que tantas veces el PLD había acusado de corrupto y responsable de tantos crímenes y violencia—, se vio drásticamente cuestionada la integridad ética del partido (incluso por muchos de sus cuadros). Una política casi generalizada de borrón y cuenta nueva —semejante a aquélla aplicada por el PRD en 1978-86 y con la que aquél marcaría el camino de una nueva corrupción generalizada y la consecuente frustración popular— se aplicó frente a los funcionarios anteriores. Los casos aislados de enfrentamiento de procesos de corrupción o de delitos graves por parte del fiscal del distrito y otros funcionarios los conducirían finalmente a la destitución.

Si bien mejoras notables se han realizado en el campo de la institucionalización y transformación del poder judicial; y es otro también el ambiente que se respira en cuanto a las libertades públicas, la posibilidad de expresión ciudadana y en la política internacional, estos cambios no han sido prácticamente significativos para apuntar hacia el modelo político y social al que en algún tiempo el PLD dijo aspirar y con el que tan puritanamente encaró a sus adversarios.

De nuevo la gente ha votado en contra de algo; pues no pensamos que haya votado por el PRD porque se identifique con el programa político de este partido, el cual hasta ahora desconocemos. Juega ciertamente el factor sentimental por la muerte del líder Peña Gómez. Sin embargo las encuestas ya predecían una amplia victoria del PRD antes del deceso de su máximo líder.

Las elecciones separadas, realizadas por primera vez en nuestra historia política, nos ofrecen desde ya el chance de sentir con fuerza el valor de un tiempo más breve para que un pueblo pueda juzgar la acción de sus gobiernos. Ya no tenemos que esperar cuatro años para poder expresar mayoritariamente nuestro derecho ciudadano a juzgar, cuestionar, transformar con nuestro voto (e incluso con nuestra abstención) la práctica de los que manejan la cosa pública. Si bien

## LECCIONES Y ELECCIONES

esto podría generar proyectos más populistas centrados en el corto plazo, la conciencia ciudadana puede también ir creciendo en la calidad de sus exigencias. Todavía faltaría implementar las elecciones más territorializadas por diputados y regidores, lo cual permitirá un conocimiento y una vigilancia más cercanos de aquéllos y aquéllas por quienes nos hacemos representar.

La alta abstención electoral merece un capítulo aparte. La abstención fue particularmente aguda entre las mujeres y los jóvenes. Dejando a un lado el sistema de colegios cerrados y el que las elecciones congresionales no conciten la participación de las presidenciales, nos parece ver en esta abstención un castigo contra el partido de gobierno, pero también y sobre todo contra la falta de respeto a la democracia interna en los procesos de selección de candidatos, particularmente en los partidos PRD y PRSC. Hay que añadir, entre otros factores, la falta de propuestas concretas y la creciente falta de fe en los desgastados partidos mayoritarios y sus promesas. Baste de muestra la ineffectividad del pacto de no agresión firmado el pasado 27 de abril por las principales fuerzas políticas del país en presencia de representantes de la Iglesia Católica y de la Junta Central Electoral. La violencia, los desmanes en las caravanas contrastan con la gestión de la Junta Central Electoral en organizar las elecciones y en emitir los resultados y con la conducta cívica de la ciudadanía que votó. Sería de desear una actitud más firme de la JCE en exigir a los partidos que respeten sus propios procedimientos en la selección de los candidatos, y el que otorguen de manera efectiva y sin tergiversaciones ridículas la cuota de poder que le corresponde a la mujer dominicana.

La vida y la muerte de José Francisco Peña Gómez (6 de marzo de 1937- 10 de mayo de 1998) están llenas también de enseñanzas. Hay un largo trecho desde el paraje de Guayacanes, en el kilómetro tres de la Loma del Flaco, en la Provincia de Valverde, en donde nació, hasta el sitio que llegó a ocupar en la sociedad dominicana. Su trayectoria va desde su niñez durante la dictadura de R.L. Trujillo, pasando por la campaña del 1962, la guerra del 1965, la lucha durante los doce años del balaguerismo, para culminar en la agri dulce victoria de 1978 en la que el PRD fue despojado del Congreso, la división del 1986, y las tan discutidas elecciones de 1990 y 1994, el

## ESTUDIOS SOCIALES 112

llegar casi a tocar la victoria en 1996, para seguir trabajando, enfermo y sacudido, por la difícil unidad de los suyos hasta el último momento de su vida. Esta trayectoria es bien conocida. Se ahonda menos en otros aspectos de su vida. Fue un sobreviviente de la matanza de 1937. Fue limpiabotas, empleado en un colmado, estudiante dedicado y admirado, maestro alfabetizador, profesor de primaria, y secundaria, locutor, orador, abogado, participante en varios programas de prestigiosas universidades extranjeras, organizador paciente y desinteresado de su PRD, al cual entregó sus fuerzas, negociador, contendiente de mil campañas, síndico, sus enemigos cuestionaron su patriotismo y su sensatez, amigo sencillo de miles de ciudadanos corrientes con quienes se podía sentar debajo de cualquier mata, y líder de la Internacional Socialista. En la ruta de su vida, se revelan los intereses y las dificultades económicas, raciales, políticas y sociales que tuvo que enfrentar un joven dominicano en la última mitad de siglo por querer enrumbar su país por otros derroteros.

La manera en que el pueblo ha vivido su muerte también está cargada de lecciones. Más allá de la manipulación interesada en el final de una campaña política, el entierro de Peña Gómez, fue un evento masivo, popular, de dimensiones descomunales. Interpretamos el silencio de los colmadones, las velas y velones encendidos en las aceras, el andar pausado y en llanto de miles de dominicanos, como último tributo a un hombre respetado, como un tributo de la gente sencilla hacia ellos mismos, al derecho de este pueblo empobrecido, mayoritariamente mulato y negro, a asumir las riendas de su destino y de su nación sin tener que negarse a sí mismo ni al color de su piel. Se trata de un mensaje sereno e inmanipulable a todos los que pretendan echarse sobre los hombros su manto: este pueblo tantas veces postergado y engañado, todavía puede identificar a los luchadores sinceros y honrarlos, aunque sea después de muertos. Su muerte priva a la sociedad dominicana, y muy particularmente a su partido, de la fuerza de su carisma. A nosotros nos deja la inquietud por la necesidad y emergencia de un nuevo liderazgo político con empuje ético y sin centralismos autoritaristas. Muerto, sus rivales políticos le han reconocido virtudes que le escatimaron en vida. En palabras de uno de ellos: "...supo estar del lado de la sensatez y la solución patriótica y abierta a los problemas nacionales" (*Hoy*, 12 de mayo de 1998, Pags., 1 y 6).